

Eulàlia Bosch:

Buenos días, buenos días. Esta vez hablaremos en castellano porque nuestro amigo Pablo viene de Sevilla y así facilitaremos el diálogo. Y doy también la bienvenida a todas las escuelas que estáis aquí y espero que nuestro diálogo sea también muy interesante para vosotros.

Dado que estamos en un palacio de deportes, haré un poco como los atletas para empezar: iré un poco hacia atrás, de manera que con ellos podamos saltar más adelante y más lejos. Y empezaré diciendo que Barcelona, la Barcelona romana, estaba protegida por una muralla. Y crecer significó construir el Eixample, que hicieron Cerdà, junto con Gaudí, Domènech i Montaner, los grandes nombres de la arquitectura y el urbanismo catalán, y junto con la Ciutat Vella construyeron el corazón de la ciudad, el corazón de Barcelona.

Después, con el alcalde Pasqual Maragall, se llevó a cabo la apertura de la ciudad al mar, con nuevas construcciones y, sobre todo, con nuevas comunicaciones entre los barrios. ¿Por qué demonios hablo ahora de Barcelona aquí, en un lugar totalmente internacional, y no hablo, por ejemplo, de Granollers, que también tuvo su muralla?

Lo hago precisamente porque fue entonces, cuando se abrió la ciudad al mar, cuando Pasqual Maragall, junto con Marta Mata, tuvieron la idea de crear las Ciudades Educadoras. Ellos forjaron el foro en el que hoy estamos todos nosotros, los jóvenes y nosotros.

Simultáneamente, pues, con el nacimiento de la Asociación Internacional de Ciudades Educadoras, se dibujó el perfil de la ciudad de Barcelona, con sus equipamientos y sus esculturas a pie de calle. Aparecen, entonces, el Teatre Nacional, el Auditori, el Hotel Vela, la Torre Agbar, solo por señalar algunos de los edificios que pasan a ser distintivos de la ciudad.

Todo ello, mientras otros continúan con la reivindicación de la seguridad de la familia. Junto con las esculturas de Gehry, de Susana Solano, de Pistoletto. Y llega el momento de las plazas duras y de los parques, y del debate sobre qué necesitamos más, si plazas duras o parques.

Esta conquista del espacio público para acoger y fomentar la vida ciudadana situó el urbanismo en el centro mismo del debate, un debate que todavía hoy continúa.

Desde aquel momento, la estructura de la ciudad pasó a ser un tema no solo de las administraciones, sino también de la ciudadanía de Barcelona. Y esta conversación que hoy se propone tiene por objetivo reflexionar sobre la capacidad que tiene el espacio público para crear ciudadanía, para crear justicia social, para crear comunidad.

Y cuenta, para ello, con dos personalidades muy relevantes del mundo, no solo de la arquitectura, sino también del urbanismo y, sobre todo, de la filosofía que los rodea.

En estos momentos, todo el mundo ya ha tenido la oportunidad de buscar en Internet quién es Pablo Sendra y quién es Oriol Nel·lo. Y, por tanto, les doy la bienvenida aquí sin explicar todos sus méritos, que son infinitos.

Diré, sin embargo, por qué están aquí, por qué han sido invitados. Y han sido invitados ambos por su aportación en el campo de la reflexión continua sobre su oficio. Porque no solo ejercen un oficio, sino que piensan sobre él.

Dicho de otro modo, no están aquí como técnicos de la construcción, sino como filósofos del planeamiento.

Y es en este sentido que quiero orientar esta conversación. Nosotros tampoco somos arquitectos, tampoco somos urbanistas, pero sí estamos fuertemente influidos por lo que ellos deciden sobre nuestras ciudades.

Así que ha sido un placer releer el libro *Diseñar el desorden*, que Pablo ha escrito junto con Richard Sennett, que debía estar aquí y a quien rindo homenaje, pero que finalmente no ha podido llegar.

Y es un buen ejemplo de esta especificidad filosófica que sustenta su propuesta a la hora de diseñar espacios urbanos.

Y, al mismo tiempo, de todas las obras de Oriol Nel·lo que hemos ido siguiendo a lo largo de los años, quiero destacar la segregación residencial, la desigualdad social y las políticas públicas en las grandes ciudades ibéricas, que conectan directamente con muchas de las cosas que acabamos de escuchar en la intervención de John Powell.

Quiero comenzar mi primera pregunta, que es para ellos y también para vosotros, diciendo:

¿Ayuda la piedra, la arquitectura, la ciudad, al espíritu, a la vida de las personas? ¿Pueden los espacios públicos de la ciudad facilitar la comunidad entre las personas y la cohesión de los grupos sociales, que sin estos espacios públicos quedarían dispersos o simplemente invisibles?

Os paso la palabra.

Pablo Sendra:

Sí, bueno, yo creo que, continuando con la charla de John Powell que acabamos de ver, hay espacios que facilitan el encuentro entre personas o esos vínculos débiles, o *thin bonds*, de los que él hablaba, entre personas que quizá no se conocen o que quizá no tendrían oportunidad de interaccionar entre ellas.

Y entonces, como urbanistas, también tenemos la responsabilidad de pensar cómo son estos espacios. Pero realmente estos espacios no tienen solo piedra; no es una cuestión simplemente de material.

Diseñar los espacios va mucho más allá de diseñar la piedra, sino que también implica diseñar cómo son las posibles relaciones entre personas que se pueden dar en ellos y qué políticas urbanas se pueden aplicar para que estas barreras que impiden que las personas interaccionen puedan llegar a eliminarse.

Y, para no quedarme en el terreno teórico, daré un ejemplo de un lugar de Londres.

Lali ha dicho que vengo de Sevilla, pero realmente vivo en Londres desde hace 12 años y es donde hago mi vida cotidiana, donde paseo por las plazas y donde interacciono socialmente.

Hablo de una plaza que viví mucho, porque los primeros años que viví en Londres residía en este distrito, Hackney, al este de Londres.

Es una plaza que se llama Gillet Square, de la que hablo un poco en el libro.

Una plaza que viví mucho. Y también me quise interesar por cómo se había llegado a esta plaza, donde diferentes culturas, muy distintas entre sí, conviven en un mismo espacio, se reconocen, interaccionan e incluso llegan a crear relaciones.

Lo más interesante es que esta plaza no siempre fue una plaza.

Inicialmente, a finales de los años noventa y principios de los dos mil, era un aparcamiento donde los coches entraban y salían. No había gran cosa; no pasaba nada, no había oportunidades de interacción social.

Sin embargo, en aquella época Londres, de hecho, miraba mucho hacia Barcelona.

Recuerdo que en aquella época el Instituto de Arquitectos de Inglaterra otorgó el Premio Nacional de Arquitectura a la ciudad de Barcelona, en lugar de dárselo a un arquitecto, a principios de los noventa y principios de los dos mil.

Y esta plaza formaba parte de una iniciativa que se llamó *100 Espacios Públicos en Londres*.

Pero lo más interesante también fue que fue creada por una cooperativa, en lugar de por el Ayuntamiento o por alguna institución. Fue creada por una cooperativa local.

Y lo que hizo esta cooperativa local fue colocar en aquel aparcamiento de coches una serie de quioscos —creo que eran cuatro o cinco— y los pusieron en alquiler muy barato, sobre todo para la comunidad afrocaribeña que vivía en la zona, que de otro modo no habría podido asumir el coste de estos quioscos.

Así pues, se instalaron allí: en uno había un pequeño café, en otro una radio local, había varios negocios locales que empezaron a fomentar la interacción social.

La gente empezó a reunirse alrededor de estos quioscos situados en el aparcamiento.

De repente, un aparcamiento se convirtió en una zona de interacción social.

Y eso dio lugar a un paso más: decir, bueno, este aparcamiento ya se está convirtiendo en un espacio público; saquemos los coches, pavimentémoslo.

Y el aparcamiento se pavimentó. Y después, unos cinco o seis años más tarde, llegaron otros arquitectos, en este caso un colectivo de arquitectos, y colocaron dos contenedores marítimos en esta plaza, que ya era una plaza dura, muy parecida a las plazas duras que tenemos en Barcelona.

Estos dos contenedores marítimos que colocaron estas arquitectas eran una acción muy simple: simplemente tener dos contenedores. Pero dentro había diferentes elementos: mesas de ping-pong, equipos audiovisuales y pantallas, estructuras para skaters para hacer monopatín, juegos para niños...

Y había una serie de voluntarios con las llaves de estos contenedores que sacaban y guardaban todos estos elementos continuamente.

Así, cada vez que yo iba a esta plaza, viviendo en Londres, parecía un espacio completamente diferente.

Un día estaban los skaters haciendo sus actividades; otro día había un cine al aire libre y veíamos documentales o películas; otro día había un concierto en medio de la plaza.

Cada día era una plaza completamente diferente y que daba lugar a interacción social.

Y todavía continúa así. La plaza ha seguido evolucionando, ha habido más intervenciones, pero realmente es un espacio público que está en transformación continua y que da lugar a este tipo de ciudad.

¿Realmente es el diseño de la plaza lo que produce esto?

Sí, pero no es el único factor.

El hecho de que la plaza esté gestionada por una cooperativa que ponía el alquiler muy barato, sobre todo para los negocios de personas afrocaribeñas de la zona, promovió que esta plaza fuera un espacio de interacción social.

Si en lugar de eso hubiera llegado alguien directamente diciendo: «Aquí hay un aparcamiento, fuera aparcamiento, pongamos pavimento y ya tenéis una plaza», aquella plaza no habría sido así.

Aunque formalmente hubiera sido prácticamente idéntica, no habría sido lo que es hoy.

Eulàlia Bosch:

Gracias, Pablo.

Es de aplaudir, es una idea con la que nos tenemos que quedar: saber que la voz de los habitantes de la zona puede influir en un espacio que quizá habría sido diseñado de una manera muy similar, pero que, en cambio, nunca será aquel espacio que nace del deseo de los ciudadanos.

Amigo.

Oriol Nel·lo:

Buenos días, buenos días.

Antes de nada, agradecer la amable invitación para estar aquí y agradecer también toda vuestra presencia. Para mí es un gran placer.

Lali nos pregunta sobre la relación entre la piedra y el espíritu, si lo queremos decir así; entre la forma urbana, cómo son los espacios donde vivimos, y la organización de la sociedad.

La organización de nuestras relaciones.

Yo diría que no se trata de que una cosa condicione a la otra, sino que hay una interrelación muy profunda, como ahora nos explicaba Pablo.

¿Qué quiero decir con esto?

Que, ciertamente, la manera en que se produce la ciudad, la forma en que nos relacionamos, la propiedad que tienen unos, la propiedad que no tienen otros, condiciona la forma urbana.

Y, por otro lado, la forma urbana hace que estas relaciones sociales tomen una determinada dirección u otra, como nos explicaba Pablo con su ejemplo tan bonito de la plaza de Londres.

Dejadme poner otro ejemplo.

Pablo se ocupa más de cuestiones de urbanismo de grano fino, arquitectónicas.

Incluso yo, que soy geógrafo, pienso normalmente en espacios más grandes.

Me gustaría comentar brevemente, a partir de un ejemplo o de un par de ejemplos, cómo no solo la forma física del espacio público, sino la propia distribución de la ciudad, condiciona las relaciones sociales.

Y dejadme coger un ejemplo un poco lejano.

Tomemos el ejemplo de la ciudad de La Paz, la capital de Bolivia.

Quizá sabéis que la ciudad de La Paz está situada en el fondo de un gran cañón, de un gran cañón andino, a una gran altura.

De hecho, algunos viajeros que llegan a La Paz se encuentran mal cuando bajan del avión, porque las zonas más bajas de la capital están situadas a unos 3.000 metros, lo que para nosotros sería la cima de la Pica d'Estats, para entendernos, la cima de Cataluña; pues ellos lo tienen en los barrios más bajos.

Mientras que el altiplano, la parte alta de la ciudad, lo que ellos llaman «El Alto», está situado a 4.000 metros.

¿Qué pasa?

Que en el altiplano, como todos sabéis, hay menos oxígeno. ¿Por qué? Porque hay más altura.

Mientras que en las partes bajas de la ciudad se respira mejor.

En el altiplano, además, hay mucho viento, el clima es poco acogedor, se vive peor. La parte baja está más protegida.

Esta es la forma de la ciudad.

Pues bien, los grupos sociales se han distribuido en la ciudad en función de su capacidad para pagar el lugar de residencia.

¿Y qué ha pasado?

Que aquellos que tienen más recursos se han situado en las partes bajas, las más acogedoras, mientras que aquellos que tienen menos recursos viven habitualmente en la zona alta.

Ahora generalizo.

Y a partir de esta distinción básica, que nosotros podríamos ver en cualquiera de nuestras ciudades —en Barcelona, los que ven el mar y los que no lo ven; en Granollers, los que tienen un acceso fácil a la estación o a los servicios, etc., y los que tienen un peor acceso— se ha ido estructurando toda la red viaria, los servicios, los equipamientos, incluso los monumentos y los espacios simbólicos de la capital boliviana.

Y esto, evidentemente, condiciona estrechamente la manera en que vive la gente.

¿Por qué?

Porque la organización de la ciudad no solo refleja las desigualdades sociales, sino que contribuye a mantenerlas y reproducirlas.

Los que viven abajo, con más oxígeno, más protegidos, con mejores servicios y mejor accesibilidad, lo tienen más fácil que los que viven arriba.

En la ciudad, además, pasa otra cosa.

Perdón si me alargo un poco demasiado, ya me lo diréis.

En la ciudad, además, la forma urbana no está establecida solo a partir de lo que hacemos hoy, sino también de lo que recibimos del pasado.

En *El dieciocho brumario de Luis Bonaparte*, Marx decía:

«La memoria de los muertos oprime como una pesadilla el cerebro de los vivos».

En la ciudad es aún más que eso, porque no es solo el recuerdo de las generaciones que nos han precedido lo que condiciona nuestra manera de vivir, sino también las formas físicas.

La plaza de la Porxada, aquí en Granollers, nos la hemos encontrado hecha.

Y el Eixample de Barcelona también nos lo hemos encontrado hecho.

Y eso condiciona la manera en que nosotros vivimos.

Eso, ¿no?

La forma urbana y las relaciones sociales tienen una interacción muy clara.

Y por eso cualquier proyecto transformador, como el de Ciudades Educadoras, que plantee una transformación social hacia una mayor equidad, etcétera, debe plantearse la forma urbana como el punto de partida, pero también como un límite que no se puede aceptar sin más, un límite que hay que superar para establecer formas que permitan una mayor equidad y una mayor cohesión social.

Eulàlia Bosch:

Magnífico, magnífico.

Pablo, estamos aprendiendo muchísimo, ¿no?

Ahora deberíamos tener espacios en blanco para poder asimilarlo, pero continuaremos.

No nos detengamos.

Pablo, en el libro que has escrito, que se llama *Diseñar el desorden*, hablas del desorden urbano, hablas de entornos en los que la arquitectura no haya condicionado de entrada su uso, de sistemas abiertos, de la multiplicidad e incluso de la contradicción en la creación de espacios.

¿En qué medida todas estas condiciones, todas estas cualidades, hacen que el espacio que finalmente resulta sea un espacio favorable para esta justicia social?

Porque ahora mismo resulta que la justicia social no solo tiene que ver con el sueldo a final de mes, sino también con la cantidad de oxígeno disponible.

Es que realmente estamos en un momento de ciudades educadoras totales.

Adelante, Pablo.

Pablo Sendra:

Sí, bueno, en el ejemplo que explicaba creo que también quedaba claro el tema de cómo tener un espacio que da posibilidad a improvisar, a la interacción social, a situaciones inesperadas, realmente provoca este encuentro entre personas y esta capacidad de reconocer al otro.

Pero quizá pondré otro ejemplo y os llevaré a otra parte de Londres, para que os la podáis imaginar.

Aunque estoy seguro de que muchos y muchas de vosotros habéis estado allí, en esta zona de Londres, porque es una parte bastante famosa: Portobello Road.

Es un mercado muy conocido de Londres, al oeste de la ciudad, justo al norte de Notting Hill, que es el barrio que se hizo muy famoso por una película que allí no quieren ni mencionar, sobre todo porque también trajo muchos problemas de turismo y gentrificación al barrio.

Allí le llaman «aquella película que no queremos mencionar», como si fuera el malo de Harry Potter. Que es mucho más preferida mía a esta película.

Oriol Nel·lo:

Bueno, totalmente, yo la habré visto tres o cuatro veces; es que es la historia romántica por excelencia, en fin.

Es así, es así, una gran Julia Roberts, qué quieres.

Pablo Sendra:

Bueno, pues en este barrio, en los años cincuenta y sesenta, era un barrio bastante pobre, con mucha inmigración, pero también con mucho contraste social.

Realmente no era tanto un barrio pobre, sino un barrio donde contrastaban mucha pobreza y mucha riqueza.

La zona de Kensington y Chelsea es una de las zonas más ricas del país, pero a la vez tiene determinadas áreas con pobreza.

En Londres, la segregación social de la que hablaba Oriol se da mucho más a una escala pequeña que a una escala grande.

Sobre todo si lo comparamos con las ciudades norteamericanas, donde hay una segregación social mucho más clara.

En Londres es mucho más como de calle a calle, prácticamente.

Y bien, el caso es que en los años sesenta se destruyeron miles de viviendas en esta zona de Portobello Road para construir una autopista elevada.

Una autopista elevada que debía formar parte de una especie de ronda que debía dar la vuelta a todo Londres, pero de la que solo se construyó este tramo, porque después la presión social hizo que se suspendiera el resto del proyecto. Pero este tramo sí que se construyó.

Esto desplazó a miles de familias, sobre todo a las familias más desfavorecidas.

Pero lo más interesante fue que un grupo de activistas locales, un grupo de padres y madres que querían espacios de juego para niños, empezaron a ocupar los espacios bajo la autopista, que todavía estaba en construcción, para crear juegos infantiles autoconstruidos, como columpios hechos por ellos mismos.

Es lo que allí se llama *Adventure Playground*, espacios de juego de aventura autoconstruidos.

Y entonces la gente empezó a ocupar este espacio bajo la autopista, que en principio era un espacio completamente inhóspito, pero que de repente se convirtió en un espacio social.

Esto llevó a este grupo de activistas locales a reclamar las nueve hectáreas de espacio bajo la autopista, que al fin y al cabo era un espacio público cubierto, porque era un espacio público por el que prácticamente no pasaban calles.

Por tanto, era un espacio público totalmente cubierto.

Lo reclamaron como un espacio comunitario y se creó una especie de cooperativa, como una fundación, que administraba estas nueve hectáreas de terreno para la comunidad.

Y allí empezaron a aparecer centros deportivos, pistas de skate, estudios para artistas, oficinas para ONG, espacios de ayuda ciudadana, como un centro legal para personas migradas, diferentes tipos de espacios, lugares para facilitar el acceso a la vivienda...

Y se convirtió en este espacio para la comunidad que hoy ya tiene 53 años y con el que yo también he trabajado.

Lo más interesante es que hacia los años 2015-2016, cuando conocí a varios activistas locales, estos activistas ya se estaban rebelando contra la fundación que administraba aquel terreno.

Una fundación que inicialmente debía ser comunitaria, pero que ya estaba promoviendo la gentrificación de la zona.

La gentrificación significa el desplazamiento de la población local para convertir aquella zona, que había sido un espacio comunitario, en un centro comercial, fundamentalmente, un espacio mucho más vinculado a poner tiendas caras y espacios que ya no eran para la comunidad.

Y entonces empezaron a oponerse a esta fundación, hasta el punto de que estos activistas locales consiguieron asumir una parte de la dirección de la fundación y cambiar su rumbo.

El primer proyecto que hicieron, un poco para cambiar la dirección de la fundación, fue un proyecto en el que yo hice todo el proceso participativo, que se llamaba *Community Street*, la calle comunitaria.

Era un proyecto muy interesante.

El reto era cómo convertir este espacio, que tenía este origen de llevar a las personas a un espacio público cubierto, en un espacio que pudiera transformarse.

Lo que hicimos fue una serie de talleres con la gente de la comunidad para entender cuáles eran las diferentes culturas que utilizaban la zona y cómo cada cultura también interactuaba en el espacio público.

Empezamos a entender el espacio y también a cocrear con ellos el tipo de ciudad que imaginaban.

Uno de los ejercicios que hacíamos era:

«Escríbete una postal desde el futuro».

Y entonces cada uno escribía una postal desde el futuro para imaginar el espacio que querían.

Este fue uno de los muchos ejercicios que hicimos con ellos.

Y, al final, lo más interesante es que realmente ellos imaginaban un espacio que se construía sobre aquello que ya existía.

No querían empezar de cero, sino imaginar cómo aquel espacio se podía mejorar y cómo podía mejorar el encuentro entre personas.

Al final, aquel espacio ya se construyó.

Era sobre todo un espacio de apertura de espacios públicos, espacios públicos que tradicionalmente habían estado más cerrados, abriéndolos a toda la ciudadanía.

Y el otro día vinieron unos arquitectos y urbanistas de Berlín —no, de Múnich— y me dijeron:

«Enséñame algunos de los proyectos que has hecho».

Y los llevé a estos espacios ya construidos.

Y yo les explicaba:

«Aquí hicimos esto, aquí...»

Les explicaba un poco cómo había empezado el proyecto y me dijeron:

«Claro, la gente de allí ya está viviendo todos estos espacios, cada uno se los está haciendo suyos...»

Y me preguntaron:

«Pero ¿cuándo hiciste este proyecto?»

Y yo dije:

«Bueno, esto se terminó hace dos años».

Y me respondieron:

«Esto parece que haga 50 años que existe».

Era el hecho de que la gente estaba viviendo los espacios como si fueran suyos.

No era un centro comercial nuevo que acababan de instalar, sino que realmente eran espacios que la gente utilizaba en su día a día.

Y yo creo que estos son los espacios que favorecen esta interacción social.

Cómo construir estos espacios para esta cotidianidad de encontrarnos entre todos y todas.

Eulàlia Bosch:

Fantástico, fantástico.

Oriol, a ti te quiero preguntar sobre esta ciudad dispersa que hemos vivido todos, viendo cómo alrededor de las ciudades aparecen kilómetros de casitas aisladas en urbanizaciones, donde siempre hay que coger el coche para ir a comprar el pan y donde es extraño encontrarte con alguien por sorpresa, porque casi nunca vas a pie.

¿Qué nos pasa a todos cuando esto sucede?

Oriol Nel·lo:

De hecho, esto es el resultado de la combinación de dos tendencias. Una primera es la tendencia de nuestras ciudades a expandirse sobre el territorio, a integrar cada vez más espacio, a hacer que nosotros residamos en un municipio, trabajemos en otro, compremos en un tercero, llevemos a los niños a la escuela en un cuarto, etc. Esta es una tendencia.

Y la otra tiene relación con el fenómeno del que hablábamos al principio, que es la tendencia de los grupos sociales a separarse sobre el espacio, eso que llamamos segregación residencial, que es el principal enemigo de habitar la ciudad y de construir el nosotros.

¿Qué es eso de la segregación residencial? Todos lo sabemos. La tendencia, decíamos, de los grupos sociales a separarse sobre el espacio.

Esta es una tendencia histórica. Pablo viene de Inglaterra y él nos podría explicar mejor que yo la peripecia de Friedrich Engels. Para los jóvenes de la sala que quizá no la conozcan, Engels era un joven alemán nacido en Renania en una buena familia de industriales textiles y cuando tenía 20 años empezó a ir por el mal camino.

Iba con grupos socialistas, etc. La familia dijo: «Este chico tiene que tocar de pies en el suelo», y lo enviaron a Manchester para ver si allí aprendía el oficio y se convertía en un buen empresario, etc.

Engels, en lugar de hacer esto, se enamoró de una obrera irlandesa analfabeta que después sería su compañera durante toda la vida, Mary Burns.

Y ella, como llevándolo de la mano, le hizo conocer un Manchester que nunca habría conocido en su vida como joven empresario.

Y el Manchester del que nos habla Engels es un Manchester en el que los obreros de la Revolución Industrial vivían en unos barrios, los empresarios en otros y prácticamente no se veían.

Esta es la segregación: es decir, la tendencia de los grupos sociales a separarse sobre el espacio.

¿Cómo funciona la segregación?

Funciona esencialmente a partir de nuestra capacidad diversa de escoger lugar de residencia. ¿De qué depende esta capacidad nuestra de escoger lugar de residencia? De nuestros ingresos, por un lado, y del precio del suelo y de la vivienda, por el otro.

Está claro que quienes tienen más recursos tienen una mayor capacidad de escoger.

¿Y quienes tienen menos recursos? Pues quienes tienen menos recursos se ven confinados, si lo queremos decir así, allí donde los precios son más bajos.

¿Por qué los precios son más bajos en unas partes de la ciudad y no en otras? Porque son menos accesibles, porque hay menos servicios, porque están más contaminadas, porque hay menos aire limpio, en el caso de La Paz.

Y así vemos cómo los grupos más vulnerables se concentran en determinados barrios.

¿Y los que tienen más recursos, qué hacen?

Y aquí voy a tu pregunta. Pues estos también se agrupan entre ellos.

¿Para qué? Para disfrutar de los privilegios de vivir entre sus iguales y poder disfrutar de unos servicios sin necesidad de compartirlos con los demás.

Y esto es, en buena medida, lo que explica que la ciudad esté dispersa en urbanizaciones de baja densidad, en chalés, etc. Es fruto de la salida de estas capas medias y altas de la ciudad hacia el entorno metropolitano.

¿Qué efectos tiene esto?

Volvamos a la forma y al espíritu, a la forma de la ciudad y a las relaciones sociales.

Mirad, para no hablar de Granollers, dejadme hablar de Sabadell, que está aquí al lado.

En Sabadell, tradicionalmente, los grupos sociales más ricos habían vivido en el centro. Mientras que la inmigración, sobre todo la española, de los años sesenta y setenta, se había instalado en los barrios del entorno.

Espronceda, Campoamor, Torre-romeu, Can Puiggener, etc.

Esta distinción se mantiene todavía hoy. Pero ahora, cuando lo miramos, nos damos cuenta de que hay un conjunto de municipios alrededor de Sabadell donde hay rentas muy altas.

Castellar, Sant Quirze.

¿Qué son estos municipios?

Son los barrios ricos de Sabadell.

Y si miramos Terrassa, nos damos cuenta de lo mismo.

Rentas altas en el centro, rentas bajas en los dos torrentes, la riera de les Arenes, el torrente de la Maurina, y el municipio de al lado, Matadepera, con una renta muy alta.

¿Qué consecuencias tiene esto?

Pues que, como aquellos que tienen más recursos viven en otro municipio, pagan los impuestos en este otro municipio y tienen más recursos para proveerse de servicios, que, por otro lado, necesitan menos que los demás en este municipio.

Mientras que municipios como Sabadell o Terrassa, donde se concentra una gran parte de población muy vulnerable y que necesitaría servicios, tienen menos recursos municipales per cápita que los municipios de alrededor.

Por eso es tan importante no solo pensar en la forma urbana, de la que quizá después también podemos hablar, sino en el gobierno urbano.

Es decir, cómo hacemos nosotros para que haya mecanismos que permitan compartir impuestos que sirven para pagar servicios.

Fantástico.

Vamos ahora a tres cuestiones, porque seremos estrictos, pero llegaremos al final.

Tres cuestiones que a mí, preparando esta sesión, me han interesado.

Recordé a George Steiner, que dice que la ciudad mediterránea, como es Barcelona, por ejemplo, es aquella que se puede recorrer yendo de café en café.

¿Esta observación os parece pura literatura? ¿Os parece una metáfora? ¿Os parece que tiene algo que ver con la construcción del espacio urbano? ¿Cómo lo veis?

El otro día leí un artículo que explicaba que en Francia están cerrando los bares-tabac, los cafés donde se vendía tabaco, y que eran como un centro de relación en los barrios.

Es cierto que nosotros tenemos, en nuestros barrios, en nuestras ciudades, una gran cantidad de lugares de comunión, donde nos podemos encontrar y donde podemos crear comunidad, si lo queremos decir así.

A mí, quizá, la peculiaridad que me interesa especialmente de ciudades como las nuestras es que las puedes recorrer no solo yendo de café en café, sino yendo de espacio conquistado en espacio conquistado, en el sentido que antes decía Pedro.

Yo nací en el barrio de la Font de la Guatlla, que es un barrio perdido de Barcelona, al pie de la montaña de Montjuïc, al lado malo de la Gran Via.

Cuando yo era pequeño, la montaña todavía estaba cubierta de barracas. Esto es del Paleolítico, ya está claro, pero era así.

Si damos un paseo por mi barrio y salimos, pongamos por caso, de la plaza Espanya, subimos por la carretera de Tarragona, encontramos un gran parque, el parque de Joan Miró.

¿Qué es este parque?

Era donde estaba el matadero.

¿Por qué hay un parque allí?

Porque los vecinos dijeron que aquellas cuatro manzanas tenían que ser verdes, para los vecinos y ahora.

Continuaremos caminando un poco más arriba y llegaremos hasta la estación de Sants, giraremos hacia la izquierda y entraremos en otro parque, el parque de la Espanya Industrial.

¿Por qué hay un parque allí?

Allí, el señor José María España, del que ahora no entraremos en detalles, tenía previsto construir unos cuantos miles de viviendas con una operación especulativa en los años setenta.

¿Por qué está el parque?

Porque los vecinos lo defendieron.

Y continuamos un poco más allá y encontraremos el Vapor Vell.

Y en el Vapor Vell está la Biblioteca de Sants.

¿Por qué hay una biblioteca en el Vapor Vell en lugar de un centro comercial, como estaba previsto?

Porque los vecinos lo consiguieron.

Y continuaremos y iremos a las Cotxeres de Sants.

Y en las Cotxeres de Sants encontraremos un centro cívico.

¿Por qué?

Porque los vecinos lo consiguieron.

Y continuaremos y encontraremos Can Vies.

Y en Can Vies encontraremos cooperativas de vivienda.

Y así podríamos continuar todo el recorrido.

Los vecinos, la ciudadanía, no son solo residentes en la ciudad.

Son también, y quizá en primer lugar, constructores de ciudad.

Y lo que a mí me gusta de la ciudad, aparte de los bares, que está muy bien para tomar un café, etc., es esta posibilidad de reconocer nuestra ciudad a partir de los espacios conquistados.

Eulàlia Bosch:

Yo vivo en Gràcia y desde cada plaza puedes ver otra plaza. Siempre puedes ver otra plaza.

¿Quieres añadir algo?

Pablo Sendra:

No, yo creo... Solo decir que estoy totalmente de acuerdo.

Creo que justo ayer por la tarde estuve en Can Vies, que es uno de los espacios de los que hablaba. Lo estaba visitando y realmente uno ve cómo esta infraestructura social se ha construido desde abajo.

A veces digo que, volviendo un poco a Londres, aunque no sea una ciudad mediterránea, realmente Londres es una ciudad famosa y conocida gracias a cómo la ha construido la gente.

Realmente Londres se hizo muy famosa en los años setenta por la escena musical que venía mucho desde abajo, la cultura, todo eso.

Y realmente esto lo construyó la gente.

No ha venido de grandes proyectos, sino de cómo lo han construido las personas.

Eulàlia Bosch:

Otra preguntita que os quería lanzar es...

En el artículo que Richard Sennett escribió para el libro *Educación y vida urbana, 20 años de ciudades educadoras*, —pausa publicitaria—, libro publicado hace casi 20 años y que continúa teniendo una vigencia enorme, donde mucha gente habló de cómo veía la educación desde la ciudad y cómo veía la ciudad desde la educación.

En este libro Richard Sennett escribió y planteó un tema que ha supuesto pensar la vida bajo la consigna del capitalismo avanzado: **«Nada a largo plazo»**.

Os diría que pongáis esta consigna de este capitalismo brutal en la nevera y la leáis cada mañana hasta que os convenzáis de que aquí hay un problema.

Es un principio, dice Sennett, que va contra la confianza, contra la lealtad y contra el compromiso mutuo.

Y os pregunto: ¿la creación de espacios públicos que favorezcan la expresión de la complejidad social pueden ser elementos que contengan, que acaben anulando esta consigna de «nada a largo plazo»?

Pablo Sendra:

Yo creo que los espacios de resistencia que construimos, estos espacios de los que ha hablado Oriol ahora mismo haciéndonos este recorrido hacia Sants, estos espacios realmente irán conviviendo inevitablemente con este capitalismo avanzado.

Hace poco hablaba precisamente con Richard Sennett, estábamos tomando un café, y él me decía: «El capitalismo deja muchos residuos».

Esto me decía Richard: el capitalismo está todo el día como si fuera tan rápido que aquello que no le gusta lo descarta.

Entonces, realmente, él también veía muchas veces una oportunidad en aprovechar aquello que el capitalismo casi ha descartado, o espacios que están a la espera, y cómo crear resistencia desde aquí.

Realmente, si queremos cambiar completamente el sistema de un día para otro, no cambiaremos nada.

Yo creo que lo que tenemos que seguir haciendo es construir estos espacios de resistencia que inevitablemente convivirán con otros espacios del capitalismo, pero que poco a poco lo contrarrestarán y demostrarán a otra gente que vivir de una manera mucho más cooperativa y mucho menos competitiva es también la forma más eficiente de vivir juntos.

El capitalismo muchas veces intenta defender la eficiencia.

Cuando realmente, por ejemplo durante la pandemia, se demostró que la manera en que las personas podían recibir alimentos, la manera en que podían conectar con otras personas, era a través de pequeños grupos, pequeñas asociaciones que trabajaban juntas y en red, pequeñas asociaciones de ayuda mutua.

No fue el capitalismo quien lo solucionó.

El capitalismo vino después para aprovechar otras situaciones y, como siempre, intentar salir más fuerte de todas las situaciones.

Pero realmente fueron estos momentos de cooperación los que permitieron que muchas personas pudieran salir adelante.

Es importante también ser conscientes de ello: que realmente es mucho más eficiente vivir de manera cooperativa que de manera competitiva, que es hacia donde el capitalismo casi nos ha querido llevar.

El capitalismo intenta que ignoremos esta realidad.

Pero también, aquel mismo día que hablaba con Richard, me decía que realmente esto es una nube, una nube oscura que pasará.

Él tiene esta confianza un poco autooptimista. Siempre lo comentábamos: decía que esto realmente no hace tanto tiempo que existe y que esta nube oscura pasará.

Y realmente la gente se dará cuenta de que es mucho más eficiente vivir de manera cooperativa.

Oriol Nel·lo:

Sí, el «nada a largo plazo» en la ciudad es catastrófico.

¿Qué os diré?

Por ejemplo, nosotros hemos intentado hacer aquí en Cataluña, tal como comentaba Lali, el alcalde Maragall, aquí mismo vosotros en Granollers, proyectos de mejora de la vida en los barrios más desfavorecidos.

Es decir, pongamos precisamente allí donde el mecanismo de segregación social, de segregación residencial, concentra a la población con más necesidades de servicios, pongamos especialmente servicios allí.

Pongamos bibliotecas, pongamos centros cívicos, y esto con la idea de que, si estos barrios necesitan más servicios, promovemos la equidad social a través de esta actuación.

¿Qué es lo que tenemos ahora?

Que con el «nada a largo plazo», la residencia, el tiempo de estancia de todos nosotros en nuestros barrios, en nuestras ciudades, se hace cada vez más corto.

Aquello que nosotros llamamos *turnover*, la rotación de la población, se hace cada vez más rápida.

De la misma manera que vivimos, que residimos en un municipio, compramos en otro, trabajamos en un tercero, etc., a lo largo del año estamos una semana aquí, un mes allí; a lo largo de la vida cada vez vivimos en muchos lugares diferentes.

Y esto pone en cuestión esta posibilidad de intentar mejorar la condición de las personas, sus oportunidades, a través de la mejora del lugar donde viven.

¿Cuál es el antídoto de esto?

Lo que decía ahora Pablo.

Si fuéramos capaces, si somos capaces de crear espacios de relación, espacios donde la gente arraigue, cree comunidad, se sienta integrada y, colectivamente, pueda desarrollar proyectos, mejoramos mucho las posibilidades de que estas políticas de mejora de los barrios acaben beneficiando al conjunto de la población.

Eulàlia Bosch:

Va para vosotros la última pregunta.

También me refiero a la lectura del libro del intérprete de Sennett, porque como pensaba que venía Sennett, me lo he releído.

Y refiriéndose a los músicos que él era y a los actores, habla del espectáculo no verbal del intérprete.

Y entonces yo os pregunto:

¿La arquitectura y el urbanismo disponen de lenguajes ocultos?

¿Disponen de una especie de lenguaje no verbal que espera, escondido, a que se entienda o no?

¿Y cómo se relacionaría esto con aquello que tú me decías ayer, cuando vosotros sois profesores de universidad?

¿Estáis hablando de algunos de estos lenguajes ocultos de la arquitectura y el urbanismo para que la ciudad que soñáis sea posible?

Pablo Sendra:

Sí, yo aquí casi haría referencia a la idea de educar a través de la ciudad, que creo que es el centro de este congreso.

Yo doy clases en una universidad en Londres, es un máster que dura un año, y en este máster tengo estudiantes de todas las nacionalidades posibles.

Tengo entre 50 y 60 estudiantes que vienen de todo el mundo, y muchos de ellos vienen por primera vez a Londres y no conocen la ciudad.

Entonces yo siempre les invito a que realmente aprendan de la ciudad, que aprendan cuáles son aquellos espacios que generan más interacción social, más justicia social.

También les invito a que conozcan a las personas que habitan estos espacios y que investiguen cuáles son tanto los espacios como las situaciones que juntan a estas personas.

Cada año hago un curso en la universidad donde creamos una alianza con una asociación vecinal y decidimos con la asociación qué harán los estudiantes.

Además, invitamos a los vecinos y las vecinas a inscribirse en el curso y a hacerlo junto con los estudiantes.

Realmente, esta situación de aprendizaje mutuo entre personas que viven en un barrio y que explican cómo se vive en ese barrio, cuáles son los espacios que se utilizan, hace que los estudiantes aprendan mucho más sobre la teoría formal del diseño urbano.

Esta teoría también es importante y tienen otras asignaturas para trabajarla.

Pero es muy importante que aprendan también cómo se viven los espacios.

Por ejemplo, el hecho de que una biblioteca local que aparentemente, si uno la mirara desde un plano, podría decir que este espacio se puede eliminar y que se pueden construir bloques de viviendas porque hacen falta en esta zona...

Realmente, cuando esta biblioteca es el único espacio que tienen las personas para reunirse, organizarse, tomar decisiones conjuntas, porque es el único espacio comunitario que hay en el barrio, creo que es muy importante que los estudiantes se den cuenta, que descubran estos espacios de encuentro.

Para mí es muy importante aprender también de la ciudad, aprender cómo se utilizan los espacios y cuáles son los espacios que permiten esta organización vecinal, por ejemplo.

Oriol Nel·lo:

A menudo, Lali, nos referimos a la ciudad como si fuera una creación de los arquitectos.

Tú decías al principio la Barcelona de Cerdà, hablamos también del París de Haussmann, o a veces, en lugar de hablar de los arquitectos, hablamos de los príncipes: la Florencia de los Médici, el Madrid de los Austrias, la Barcelona de Pasqual Maragall.

La verdad es que, en cada momento, estos actores —que ciertamente tienen una gran importancia—, los urbanistas, los arquitectos, los ingenieros y los gobernantes, tienen que rendir cuentas a la ciudadanía.

Y la ciudadanía organizada tiene intereses y tiene derechos, y se organiza para defenderlos y, como decíamos, a menudo es constructora de ciudad.

Y aquí hay un tema del que quizá habréis oído hablar: el movimiento de los campamentos de Santiago de Chile.

Son ocupaciones de terrenos a partir de las cuales se han construido barrios enteros.

La gente que integra este movimiento dice que nosotros tenemos que hacer las cosas **sin el Estado, contra el Estado y con el Estado**.

Tenemos que hacerlas sin el Estado, siguiendo vuestro ejemplo de ponernos bajo la conducción de la autopista y allí desarrollar nuestros proyectos autónomamente.

Tenemos que hacerlas, a veces, contra el Estado.

¿Por qué?

Porque tenemos que reclamar los derechos allí donde no nos sean reconocidos.

Y tenemos que hacerlas con el Estado.

¿Por qué?

Porque queremos que el Estado acabe legitimando, acabe legislando sobre nuestros derechos.

Y esto también sirve para la ciudad.

Y hacerlo con el Estado implica también, en el caso de la ciudad educadora, la integración de las políticas educativas dentro de las políticas urbanas.

El Plan de Barrios de Barcelona, por ejemplo, este plan de rehabilitación de los barrios de Barcelona, ha invertido uno de cada cuatro euros en los últimos años en políticas educativas.

¿Y por qué?

Porque, como decía Xavier Bonal, que ha estado por aquí estos días, en un artículo reciente decía que hay que incorporar la equidad educativa como principio rector de las políticas urbanas y la justicia social como elemento institucional de las políticas educativas.

Este es el juego.

Eulàlia Bosch:

Quiero cerrar esta mesa con una pregunta que les hago a ellos, pero también os la hago a vosotros, quizá una de esas preguntas de nevera, para verlas por la mañana mientras tomas el zumo de naranja.

Y quiero referirme a un momento de quietud dentro del ruido urbano, en todo este embrollo que es la vida urbana.

Quiero concentrarme en la imagen del momento en que dos conjuntos informales de personas se detienen y se ponen en marcha para respetar un semáforo.

En este momento, cuando están paradas unas frente a otras, hay miradas que se cruzan, fragmentos de conversaciones percibidas, una observación de las vestimentas, una conciencia de los perros que se detienen o no con el rojo, una atención a las sillas de ruedas, personas con movilidades diversas.

Y mi pregunta es:

¿Consideráis los momentos de vida urbana condensados en los semáforos elementos de humanización de las calles?

Si queréis contestarlo, lo contestáis; si no, no.

¿No queréis que lo contestemos?

¿Queréis que lo contestemos o no?

Si queréis, sí; si no, no.

Ha sido un gran placer tener a estos jóvenes aquí, tener todo este montón de jóvenes allí, tener a los de mediana edad en medio, y a los mayores; realmente, os aplaudimos.

Y a las Ciudades Educadoras quisiera decirles que, creo que hablando en nombre de los tres, estamos disponibles para lo que haga falta.

Es decir, que si tenemos que continuar esta discusión, la continuaríamos y llegaríamos muy lejos.

¿Verdad que sí?

Totalmente.